

Argumentos falsos

El escritor que ha dicho que en cierto respecto Alemania es la nación menos imperialista de Europa, ha dicho una gran verdad y, sobre decirlo, la ha demostrado. En efecto: durante 40 años Alemania no ha realizado por medio de las armas ninguna conquista. Mientras Francia, e Inglaterra y Rusia e Italia, y el Japón y la República norteamericana y en general todos los Estados que han podido desvalijar a las naciones más débiles, lo han hecho. Alemania se ha limitado a adquirir territorios por cesión o por compra a sus legítimos poseedores. De suerte, que cuando se habla del imperialismo y del militarismo germano y se les atribuyen las más exaltadas ambiciones y las más inauditas colicias, se le da aire a una enorme inexactitud.

Ciertamente Alemania ha invadido al mundo entero, pero ¿por qué? Por su inteligencia, por su trabajo, por su actividad. En ese sentido todas han podido hacer lo que ella. Si unas naciones lo intentaron y no lo consiguieron y otras no lo intentaron siquiera, fué por menos trabajadoras y perseverantes. Pero el trabajo y la perseverancia han sido estimados siempre como preciadas virtudes de los pueblos. Para no estimarlas hasta ahora, es menester que la pasión y el odio usurpen el trono que de derecho corresponde a la razón.

Pero no hay que extrañarse de nada. Hoy mismo, un escritor nuestro, empadronado intelectualmente en Londres, combate a Alemania porque ha conseguido ésta que se lance a la guerra, secundándola, Turquía. Y dice: «La incorporación de Turquía a la guerra, revela dos cosas: una, que su concepto de la civilización y de la libertad está emparentado con el de Alemania que ha originado la guerra; y otra, que después de todos sus esfuerzos, Alemania ha encontrado a alguien políticamente más torpe que ella». Prescindamos de lo segundo, porque la torpeza o la debilidad, no pueden ser discernidas aunque es bien notorio que las naciones aliadas hicieron todo lo posible para atraerse, o al menos para no enemistarse con el imperio turco. Pero en cuanto a lo primero, puede contestarse «a pari» el argumento del cronista y decir, calcándolo, que la incorporación de senegaleses y cipayos a las naciones aliadas, demuestra que su concepto de la civilización y de la libertad está emparentado con el de Inglaterra, Francia y Rusia.

Lo cual demuestra que ciertos argumentos no pueden emplearse sin que hicieran la causa de quienes los usan. No por aquellos parentescos espirituales figuran en uno u otro bando ciertos elementos, figuran exclusivamente en

razón de la fuerza que pueden mandar. Nada más que por eso procuró Francia el apoyo de los negros, e Inglaterra el de los amarillos y si pudiera buscaría el de los pieles rojas y por la misma razón la diplomacia alemana ha laborado hasta conseguir el auxilio de los turcos, porque son fuerza, y además, enemigos de los que luchan contra ella.

Y si en la paz no suelen pararse en escrúpulos de libertad ni de civilización ninguna de esas naciones ¿a quién puede sorprender que lo atropellen todo y salten por todo en la guerra?

M. P.

SOBRE LA NEUTRALIDAD UN APÓLOGO

Meneaba cierto día—una botella un muchacho—y la botella decía:—Estáte quieto, borracho. ¡Mira que cuando me enoja—de todo soy muy capaz,—mira que te salto un ojo—si no me dejas en paz!

Poco esta ainenaza vale—a la paciente botella,—que el chico dale que dale—sigue jugando con ella.

Te vas a llevar un chusco—que tu impertinencia ataje;—exclama de nuevo el frasco,—bufando ya de coraje*—y viendo que aquel atún—se burla de su despecho—fermenta y el corcho ¡pum! —le salta el ojo derecho.

«Nadie al pacífico tiente—que al fin estalla su enojo»—y se queda el insolente—cuando menos sin un ojo.

Aprendan los partidos liberales la lección contenida en el apólogo precedente y dejen de tirar «chinitas» al pacífico pueblo español que quiere permanecer neutral y que entiende perfectamente la mala partida que quieren jugarle cuantos defienden la «neutralidad armada».

Porque... si se le sube la mostaza a las narices...

Los alemanes y la estatua de Ferrer

Esos alemanes tan crueles, tan bárbaros, han infatuados, deshonra de la civilización, pero que con todos esos motes son la admiración del mundo, acaban de hacer una hombrada, así como suena.

No es ganar batallas, como las de Charleroi, Mons, Metz, etc., al tomar plazas fuertes como Lieja, Namur, Mairbérge, Amberes y Lille, ni edhar a pique cruceros como el «Abukir», «Hougue» y «Grossy», ni como el «Pallada», en fin, nada de eso. Es echar por tierra toda una leyenda de un puntapié, que era lo único que se merecía; es darnos una lección de seriedad y

vergüenza, sacándonos los colores a nosotros, los civilizados, los humanitarios, los cultos y no bárbaros, los que nos damos todo proclamando la libertad, los derechos del hombre...

Digámoslo sin rodeos: «Por orden de la autoridad militar se han mandado quitar en Bruselas las inscripciones de la estatua de Ferrer».

Señores: serán todo los bárbaros que ustedes quieran; pero lo que no consiguió la España católica con una manifestación imponente; lo que no hemos podido conseguir los españoles que fuera derribada aquella atenta de nuestra patria, aquella estatua de un revolucionario que era nuestro baldón, lo han conseguido esos bárbaros de un puntapié ignominioso.

Es un acto de delicadeza y de vergüenza que les agradecerá todo español, toda persona decente.

¡Siglo XX!

Vacila Europa ante el cruel sonido que aterra al horizonte y no enmudece; el fuego del combate recrudece, y el pecho de la madre está oprimido. Se oye a lo lejos el postrer quejido no un alma joven que su vida ofrece en aras del deber, y me parece soñando con la gloria del vencido. Suena el clarín que anuncia la batalla. Habla el cañón con su lenguaje impío, y ante tal emoción, el orbe estalla. Aniquila mil vidas la metralla... reinando en el hogar tétrico trío donde la tierna madre sufre y calla.

G. VALENTÍ NIETO

El fracaso de la Idea

Uno de esos obreros «conscientes» educados en los mitines y en los papeles avanzados, se lamentaba del fracaso que con la guerra había sufrido la «idea».

Los avanzados dan a lo que ellos llaman, a boca llena, la «idea» un sentido tan exclusivo, que parece que no hay más «ideas» que la suya en el mundo.

—Me han engañado—decía el pobre chico,— me han engañado como a un chino.

—¿Quién le ha engañado?

—Ellos, los que me predicaron el pacifismo.

—¿Y por qué le han engañado?

—Porque me hicieron creer en un mundo ideal...

—Sí, sí, y en un paraíso en la tierra, ¿verdad?

—Justo; en un paraíso de paz y de ventura, y me convencieron de que todo era tan hermoso, estaba en nuestras manos, que todo podíamos conseguirlo sosteniendo nuestras asociaciones y nuestros círculos, y nuestros diputados, y nuestros periódicos, y me sacrificé como un esclavo por sostener todo eso... ¡Era tan halagador para nosotros, los pobres y los humildes, que

nuestra voluntad, nuestra sola voluntad, pudiera evitar la guerra en el mundo, y que nuestro hijos no tuvieran que pagar la contribución de sangre, que por conseguir ese ideal dábamos con gusto cuanto nos pedían!

—Claro; y dísteis, no sólo vuestro dinero, sino algo que valga más: vuestra fe y vuestros sentimientos...

—Sí, señor; todo lo dimos.

—Y te hicistes un «hombre superior»; porque te enseñaron que todo eso de la patria y del amor a la tierra en que nacistes era pura faramalla.

—Sí, señor.

—Y te inculcaron que los hombres «conscientes» y modernos no tienen «esas preocupaciones añejas»; son «ciudadanos del mundo», ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y te enseñaron a odiar todas las instituciones que sostienen la sociedad?

—Pero era para llegar a una sociedad más perfecta.

—Sí, ese era el anzuelo. ¿Y te inculcaron la idea de destruir lo existente?

—Sí, pero para edificar la sociedad futura...

—Y bien, ¿qué has sacado de todo?

—Que al fin he abierto los ojos, que he visto el engaño. Que todo era mentira, que no sólo no hemos podido evitar nada, sino que los «maestros» que tanto nos sacrificaron para realizar sus planes y figurar en la política y obtener sus ventajas, en cuanto llegó la primera ocasión de poner a prueba la firmeza de sus convicciones, han renegado de la «idea» (¡la «idea!») han pisoteado sus palabras miserablemente...

y han empuñado el fusil, el que ellos llamaban el «odioso fusil»; se han hecho soldados en Francia, y aquí quieren que lo empuñemos para tomar parte en esta «jarama» universal... ellos, los Lerroux y comparsa, los enemigos de la guerra...

—Y ¿a quién te quejas?

—Me quejo y protesto de esos far-
santes.

—Pero ¿cuántas veces te han enga-
ñado ya, desde la Revolución acá? ¿Por
qué no aprendes? ¿por qué no adquieres
experiencia?

—Es verdad; pero esta última vez
es la que más me ha dolido.

—Y ¿qué vas a hacer?

—Desquitarme como pueda, desacreditan-
dolos como ellos desacreditaban
a los que con desprecio apellidaban
«nacionalistas».

—Y después...

—Después... ¡si pudiera conseguir
que me devolvieran mi dinero!...

—Más te valdría pedir, y no a ellos,
que te devolvieran otra cosa.

—¿Qué?

—La fe y el patriotismo que te ro-
baron.